

Conjugar los verbos de la intercesión y del anuncio

Fernando Kuhn cmf.

Dado que recientemente hemos culminado el tiempo pascual me pareció muy sugerente para traer a nuestro contexto algunos fragmentos de la homilía pronunciada por el Papa Francisco, el día de la Ascensión, en la misa en Génova (27/05/17). La he encontrado oportuna para lo que hoy vivimos.

En una primera parte de la homilía Francisco nos recuerda que Jesús” *les promete la "fuerza del Espíritu Santo" (Hechos 1,7-8); en la segunda san Pablo habla de la "extraordinaria grandeza de su potencia con nosotros" y "de la eficacia de su fuerza" (Ef.1,19). Pero ¿en qué cosa consiste esta fuerza, este poder de Dios?"*

La fuerza yo la traduciría como vitalidad e impulso. De hecho, reconozco que para sostener todo lo que se nos ha presentado en este tiempo de pandemia, hemos requerido de este don de fortaleza y de contagio de vitalidad. No ha sido fácil sostener el ánimo, no sólo con las familias de nuestro entorno. Se presentaron de manera cotidiana, tantas realidades de precariedad para quienes el encierro trajo muchas complicaciones y cuestionamientos nuevos, que hubo que articular variados resortes de acompañamiento y de solidaridad. Pero también para nuestras comunidades que, en principio, se podrían considerar mejor preparadas para sobrellevar este tipo de circunstancias, el desafío fue grande.

El don de ser fuertes se hizo particularmente necesario y eso nos llevó a buscar las nutrientes de espiritualidad y de sabiduría que abonaran nuestra tierra, de tal manera que no cayéramos en desesperanzas o rutinas. Ahí es donde también surgió con fuerza la dinámica vital de la comunidad. En los diálogos y en los encuentros de todo tipo, desde los informales a los orantes nos descubrimos mutuamente sostenedores.

En ese punto radica otro aspecto que subrayaría de la homilía del papa: la intercesión y la ayuda.

“Propiamente antes de subir al Padre Jesús ha dicho: "Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo" (Mt.28,20). No es un modo de decir, una simple re-aseguración, como cuando antes de partir para un largo viaje se dice a los amigos: "Los recordaré". No, Jesús está verdaderamente con nosotros y para nosotros: en el cielo muestra siempre al Padre su humanidad, nuestra humanidad y así "está siempre vivo para interceder" (Heb.7,25) a nuestro favor. He aquí la palabra clave del poder de Jesús: intercesión. Jesús ante el Padre intercede cada día, cada momento por nosotros. En cada oración, en cada uno de nuestros pedidos de perdón, sobre todo en cada misa, Jesús interviene: muestra al Padre los signos de su vida ofrecida, sus llagas, e intercede, obteniendo misericordia para nosotros. Él es nuestro "abogado": (Cfr.1Jn.2,1) y, cuando tenemos alguna "causa" importante hacemos bien a confiársela, a decirle: "Señor Jesús, intercede por mí, por nosotros, por aquella persona, por aquella situación".

Esta capacidad de interceder Jesús la ha dado también a nosotros, a su Iglesia, que tiene el poder y también el deber de interceder, de rezar por todos. Podemos preguntarnos: "¿Yo rezo?" nosotros como Iglesia, como cristianos ejercitamos este

poder llevando a Dios las personas y las situaciones?". La oración cristiana no es un modo para estar más en paz con sí mismos o encontrar alguna armonía interior; nosotros rezamos para llevar todo a Dios, para confiarle el mundo: la oración es intercesión. No es tranquilidad, es caridad. Es pedir, buscar, llamar (cfr. Mt 7,7). Es ponerse en juego para interceder, insistiendo asiduamente con Dios los unos por los otros (cfr. Hechos 1, 14). Interceder sin cansarse: es nuestra primera responsabilidad, porque la oración es la fuerza que hace ir adelante el mundo; es nuestra misión, una misión que al mismo tiempo cuesta fatiga y da paz.

Según lo que el Papa Francisco expresa, la intercesión pasa a ser una dimensión que en estos días hemos redescubierto. Muchas personas nos solicitan que las escuchemos y se encomiendan a la oración para pedir la intercesión ante múltiples circunstancias de dolor, de angustia, de búsqueda y de preocupación. Además de la práctica orante de interceder, debemos transformar nuestras vidas personales y comunitarias en intercesoras. Lograr que nuestras vidas cada vez más se encuentren atravesadas por los otros. Que el impacto de la situación del hermano, de la hermana y del prójimo nos ponga cada vez más a merced de cada persona o colectivos de personas. Por supuesto, tendremos que cuidar que este dejarnos atravesar o impactar por las situaciones del entorno no nos aliene o se convierta en un escapismo para evadir el encuentro más profundo con nuestra propia interioridad y en definitiva, con el Señor.

A la vez, sumemos otro elemento

Después de la intercesión emerge, del Evangelio de hoy (Mt 28, 16 – 20), una segunda palabra clave que revela el poder de Jesús: el anuncio. El señor envía a los suyos a anunciarlo con la sola fuerza del Espíritu Santo: "Vayan por todas partes y hagan discípulos míos en todos los pueblos" (Mt 28,19). Es un acto de extrema confianza en los suyos: Jesús confía en nosotros, ¡cree en nosotros más de cuanto nosotros creemos en nosotros mismos!

Para Jesús es muy importante que pronto superemos una gran imperfección: la cerrazón. Porque el Evangelio no puede ser encerrado y sellado, porque el amor de Dios es dinámico y quiere alcanzar a todos. Para anunciar todavía es necesario andar, salir de sí mismo. Con el Señor no se puede estar quietos, acomodados en el propio mundo o en los recuerdos nostálgicos del pasado; con él está prohibido mantenerse calmo en las seguridades adquiridas. La seguridad para Jesús está en el andar con confianza: allí se revela su fuerza. Nos quiere en salida, libres de la tentación de contentarse cuando estamos bien y tenemos todo bajo control. El cristiano no está detenido, sino en camino: con el Señor hacia los otros. Pero el cristiano no es un corredor que corre como loco o un conquistador que tiene que llegar antes que los otros. Es un peregrino, un misionero, un "maratonista esperanzado". Suave, pero decidido en el caminar; confiado y al mismo tiempo activo; creativo pero siempre respetuoso; emprendedor y abierto; laborioso y solidario. ¡Con este estilo recorreremos los caminos del mundo!

Como para los discípulos de los orígenes, nuestros lugares de anuncio son las calles del mundo: y sobre todo allí que el Señor espera ser conocido hoy. Como en los orígenes desea que el anuncio sea llevado con su fuerza: no con la fuerza del mundo, sino con la fuerza límpida y suave del testimonio alegre. Esto es urgente.

El anuncio entonces, aparece como la dimensión correlativa a la intercesión. En realidad, la homilía del Papa es muy clara y explícita, al punto que no veo la necesidad de agregar mucho más. Sólo subrayaría que, en este tiempo de aislamiento y de permanecer en nuestras casas, hemos dado muchas pruebas de ese anhelo de anunciar por diversos medios y las calles que hemos transitado son las de las nuevas tecnologías de información y comunicación (TICs). Permanece el desafío de no abatirnos, ni acostumbrarnos a lo logrado, sino disponernos para que el fuego del Espíritu nos siga impulsando.